

“CHUCHO” Y “MALEFICIO”, DOS CUENTOS DE EMILIA PARDO BAZÁN RESCATADOS DE LA PRENSA LUCENSE (1913 Y 1919)

M^a del Mar Novo Díaz

Emilia Pardo Bazán es la autora más prolífica de la literatura española en el género cuento. Como es bien sabido, a la ingente cantidad de relatos escritos por Emilia Pardo Bazán hay que añadir, en el transcurso de los últimos años, una serie de cuentos hasta ahora dispersos o incluso inéditos. Al primer grupo pertenecen “Chucho” y “Maleficio”¹.

La autora coruñesa cultivó el cuento durante toda su vida pero no siempre con la misma intensidad. A comienzos del siglo XX, Pardo Bazán escribe crítica y ensayo, pero sobre todo cuento literario. Un ejemplo de esta producción lo constituyen los textos presentados a continuación, que hoy exhumamos, de los cuales no hemos hallado rastro en ediciones modernas de la narrativa breve de la autora.

Emilia Pardo Bazán recogió en volumen los cuentos publicados con anterioridad en prensa, pero hay relatos dispersos que no fueron recopilados por la escritora por no considerarlos merecedores de pasar al volumen. Es el caso de los cuentos transcritos a continuación, desconocidos hasta el momento. Ambos aparecen publicados en el periódico lucense *El Progreso*²: el 22 de agosto de 1913 sale “Chucho” y el 15 de julio de 1919 “Maleficio”.

Cuando se divulgan estos cuentos en *El Progreso* la escritora coruñesa ya ha rebasado los sesenta años, está en plena madurez literaria. Su capacidad para crear obras de ficción más largas estaba aparcada a un lado, no olvidemos que su última novela, *Dulce Dueño*, es de 1911 y, en estos años que van de 1913 a 1919, tiene plena dedicación al cuento. En 1913 publica la novela corta *La muerte del poeta*, y todavía escribe sus crónicas en *La Ilustración Artística* de Barcelona en la sección titulada “La vida contemporánea”, que interrumpirá en 1916.

¹ Cfr. “Emilia Pardo Bazán en las bibliotecas de Lugo”, edición de M^a del Mar Novo Díaz (Trabajo de Investigación Tutelado bajo la dirección de la Prof^a. Cristina Patiño Eirín, Universidad de Santiago de Compostela, Campus de Lugo, 2004).

² Periódico bisemanal de política liberal, lanzado por la imprenta de los señores Enríquez y Villamarín situada en la calle de San Pedro, n^o 19 (Castro S. Freire, Salvador de (1951): *Lugo y sus hombres. Ensayo de síntesis histórica*, Lugo, Imprenta Celta, p. 105. Actualmente este periódico sigue editándose diariamente bajo el título de *El Progreso*. Diario de Lugo desde 1908.

Un año más tarde, 1914, se produce el inicio de la Primera Guerra Mundial mientras que en España se empieza a notar cada vez más el influjo de la crisis económica. Esto nos lleva al segundo de los cuentos, el de 1919, surgido en unos años de crisis económica y social agravada por el problema agrario de Andalucía, que se prolongará durante tres largos años, desde 1918 a 1921. Cuando se publica “Maleficio” la escritora tiene sesenta y ocho años pero la edad no representará ningún impedimento para seguir escribiendo hasta que la muerte la sorprenda. La decadencia de la escritora es física pero no mental, las ideas seguirán brotando una y otra vez para crear nuevos cuentos, consiguiendo una perfección que sólo los años y experiencia otorgan al sujeto creador.

En la presente edición se ha intentado ser lo más fiel posible al texto recogido en el periódico, no obstante, hemos hecho una serie de correcciones que consideramos necesarias a la hora de enfrentarnos a la lectura de los cuentos aquí reproducidos: se han subsanado errores del cajista como “nuestra moka” por “nuestro moka”, “guantes cabalados” por “guantes calados”; en el cuento titulado “Chucho”; se han regularizado los signos de puntuación y se han hecho los rescates textuales obvios, que situamos entre corchetes.

“Chucho”

Mi íntimo amigo Leiva suele convidarme a comer los jueves y a la hora del café cuenta anécdotas de cuando era pobre... tan pobre, se complace en repetir, [que] recurrió a ese procedimiento que la gente llama “esgrima de sable”, y no es sino uno de tantos arbitrios defensivos contra la miseria.

Tales relatos adquieren picante sabor al ser escuchados en la sala donde Leiva manda servir la aromática bebida, y que parece un prodigio de riqueza cara (porque hay decorados ricos baratos); pero el día de la estancia a que me refiero, aparentemente sencillo, es, por el gusto artístico, una maravilla, y, por la magnificencia, un alarde de archimillonario.

Sólo la mesa, alrededor de la cual nos agrupamos para saborear nuestro moka, ha sido solicitada por museos extranjeros en sumas fuertes.

Los bronce y las miniaturas que la adornan valen cualquier precio.

¿Usted cree –me dijo una noche, mientras con gesto distraído aplastaba la ceniza de su cigarro en el cenicero– que soy ahora más feliz que entonces? Estoy por jurar que usted será de las pocas personas capaces de comprender que no.

-¿Era usted soltero en aquellos tiempos?- pregunté.

-Soltero... y huérfano. ¡Ya entiendo, ya! Usted quiere decir que las privaciones no nos importan por nosotros mismos.

-¡Naturalmente!... La pobreza estimuló sus energías: quiso usted triunfar de ella y triunfó. Si oyese usted a su lado llorar de hambre a un ser querido... ni fuerzas le quedarían para la lucha.

-¿Sabe usted –murmuró Leiva reflexivo- que no he dicho verdad al afirmar que estaba solo? Tenía conmigo... va usted a ver... un perro. Y, justamente... aquel perro fue el origen de mi fortuna.

Nada de energía: el Chucho.

Era un can feísimo, uno de esos canes golfos que vagan por las calles, famélicos y sucios, con las lanas envejecidas y las patas negruzcas de cieno. No hay perro, por ruin que sea, que no tenga el encanto de la mirada; mi Chucho ni aún eso tenía; era tuerto. ¿En qué riña callejera, en qué lance brutal había perdido el ojo izquierdo y parte de una oreja también? ¡Quién lo sabe!

Ya estaba lisiado cuando se pegó a mí, atrayéndome y confraternizando nuestras miserias. Debo añadir que la sordidez física de Chucho estaba compensada por un admirable desarrollo de inteligencia perruna. Si hay superperros, Chucho fue uno de ellos; pero la infelicidad de su condición impidió que brillasen sus altas dotes... excepto para mí, que las supe apreciar. De veras; yo quise a Chucho como se quiere a un amigo... Y por él, maldije la indigencia.

Deseaba lavarle, perfumarle y que luciera un collar tintinador.

Indigentes éramos los dos: sin embargo, Chucho se defendía; no le hacía falta ropa, y su panza estrecha, su tronco arado por el resalte del costillaje se hartaban cumplidamente con los mendrugos y desperdicios de los polveros.

En realidad, Chucho era flaco porque quería, porque su actividad ardiente no le dejaba engordar, pero comida, le sobraba. ¡No podía su dueño decir lo mismo!

Y aquí entra la parte más difícil de esta confesión y evocación del pasado... Leiva miró alrededor, para cerciorarse de que estábamos solos. –No es que yo tenga escrúpulo... ni que, en efecto, haya cometido, a mi parecer, delito alguno... Si lo cometí, o, mejor dicho, si fui cómplice de él, involuntariamente, y hasta lo aproveché, he procurado borrarlo; ya le diré a usted cómo... En fin, ¡allá la historia!...

Usted no ignora que los perros, en especial los perros humildes, quieren a su amo, pero, por regla general, son sociales, y menean la cola cuando

les halaga un desconocido... Chucho no quería sino a mí, no atendía sino a mi voz, no conocía a nadie más en el mundo. Escarmentado, sin duda, por la crueldad de que era testimonio su ojo tuerto, regañaba sordamente amenazador apenas se le aproximaba alguien.

Para mí, en cambio, tenía actitudes de adoración, miradas con el único ojo, que era un poema de gratitud y de idolatría... una caricia que le hiciese le volvía loco. Entendía mis alabanzas y mis reprensiones, como no suelen entenderlas los servidores bípedos. Cuando yo le susurraba: “¡Buen perro!, ¡Chucho sabio!...” deshacía de felicidad.

Como suele suceder, las alabanzas desmoralizaron y perdieron a Chucho. Porque el pobre bicho, en su afán de serme grato, en su penetración sutilísima para observar lo que me gustaba, empezó a sustraer objetos para mí. Desaparecía de pronto y a la media hora regresaba corriendo a todo correr con un puro o con una lata de conservas entre los dientes.

Me traía pañuelos, guantes calados; me trajo un sombrero hongo nuevo, una chalina, un puño de camisa, un lapicero... ¡qué sé yo!. Desde racimos de uvas y bollos de pan tierno –que respetaba sin hincarles el diente–, hasta cartas de baraja y cajas de fósforos, de todo me surtía el animal; y no se trataba de cosas de valor, yo me reía, celebraba la gracia, y él se lanzaba más afanoso a su extraña pesca...

No ocultemos la verdad: a veces me venían muy bien los insignificantes latrocinios de Chucho. Crujida más negra que aquella, no la pasé nunca. No tenía literalmente con qué darme el festín de un cocido de a real.

Me arrimaba a las paredes desfallecido, y los transeúntes, viendo mi palidez, me alargaban una moneda que yo no pedía... Chucho, trayendo un queso o un pastel, hurtado sabe Dios dónde, me salvó frecuentemente de las angustias del vacío en el estómago. Yo le abrazaba y le acariciaba, “¡Chuchito, hijo, tesoro!”, decíale sinceramente, mientras él, arrebatado de gozo me lamía las manos y me saltaba al pecho...

Una tarde, rondando yo por las cercanías del Café Suizo, sable en alto... –¡qué compasivos debiéramos ser con los desventurados “petardistas”!, nadie petardea por gusto...– vi regresar a escape a mi perro, que había desaparecido dos horas antes, trayendo delicadamente, entre la blanca dentadura, un objetito chato. Alargué la mano... él desapretó la tenaza... ¡Una cartera!.

De piel de Rusia, lisa y llana, algo rozada, sin iniciales ni corona. Dentro –aún siento al recordarlo, el vértigo que sentí entonces–, un fajo de billetes. Ni más ni menos. Los billetes ascendían a la suma de ochenta mil y pico de pesetas...

Sudando, frío, temblando, volví a registrar por si la cartera encerraba algún papel indicador de quién fuese el propietario. No había nada. ¡Oh! Eso lo juro: mi instinto fue restituir. Empecé una serie de investigaciones; recorrí cafés, casinos, restaurantes y hoteles, preguntando si alguien había perdido alguna cosa. Me hablaron de pérdidas de bastones, de manguitos, de alfileres de corbata, de un “caniche” escocés... Nadie nombró una cartera. Leí los diarios; no mencionaban pérdidas ni robo de cartera tampoco.

Se me había ocurrido que pudo ser un carterista el que, apurado, soltó en el arroyo el cuerpo del delito, y contestáronme que no, que ninguna hazaña de carterista constaba aquel día en Madrid...

Usted dirá que debí publicar anuncios, depositar la cartera en la Delegación... Eso no lo hice. ¡Dios me perdone: no lo hice!... Advertía en mí mismo la capacidad y el anhelo de negociar, y la casualidad me ofrecía medios de intentarlo. Al año había doblado mi capital. Entonces fue cuando anuncié la cartera, inútilmente; vinieron algunos a reclamarla, pero ni sabía dar las señas ni precisar la cantidad que contenía. No eran sus dueños.

Para acallar mi conciencia, hago lo siguiente: averiguo cuándo un mísero empleado pierde una suma y no la puede reponer, y se la doy... He salvado a muchos empleados el pan y la honra.

—¿Y Chucho?— pregunté con interés.

—Murió, creo, de tristeza... Andaba limpio, perfumado, bien atendido, con collar de plata... pero mi nueva vida de negociante no me permitía llevarle conmigo a todos lados, y no pudo resistir la separación.

Y Leiva tosió, para disimular que se le humedecían los ojos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

[*El Progreso*, Lugo, viernes 22 de agosto de 1913, número 1776].

“Maleficio”

Lo había criado a sus pechos; le había prodigado menudos cuidados: unos, relacionados con la salud física; otros, con la moral; le había enseñado a persignarse, a rezar, a leer; le había creado, en vez de un cuerpo misérrimo, otro cuerpo limpio, sin lacras; empezaba a sentirse orgullosa de aquel hijo que, en cierto modo, era su obra. Creía Julia conjurado el maleficio que sobre él pesaba, el misterioso aojamiento paterno. El veneno que impregnaba las células del organismo de Andrés iba, sin duda, siendo eliminado poco a poco, y su sangre se purificaba, y teñía de rosicler infantil las mejillas de la criatura.



Actos de conmemoración do centenario do nacemento de Emilia Pardo Bazán. Inauguración dunha placa enviada polo Centro Galego de Buenos Aires para o monumento da escritora nos xardíns de Méndez Núñez na Coruña. 8 de outubro de 1951. FONDO MANUEL CASÁS.

(ARQUIVO DA REAL ACADEMIA GALEGA)

La madre seguía ansiosamente la transformación del niño, que había nacido enclenque y esmirriado. No sabía acaso que el niño es una planta, y según la cultivan así medra, no lo sabía reflexivamente, pero lo sentía. Tampoco sabía, lo que se dice saber, que aun cuando es planta el hombre por muchos estilos, es planta con conciencia... Ahí radica su mal.

Podía Julia ir transformando al muchacho, porque la suerte la había favorecido, dándole medios de hacerlo. Como si “aquel perdido de Santés” fuese el genio malo de la casa, cuando, después de arruinarse, tuvo la excelente idea de morirse de un ataque cerebral que se atribuyó al abuso de la bebida, empezó a mejorar de súbito la situación económica de la viuda, empobrecida y reducida a vivir de su trabajo. Un tío de su marido la dejó un bonito capital; su cuñado (solterón que estaba reñido con su hermano), señaló al sobrinillo fuerte pensión; y un décimo jugado por Julia a la lotería, sacó premio de algunos miles de duros. Y Julia no se alegró por cuenta propia: ella se hubiese defendido cosiendo o planchando, sin quejarse ni aspirar a más. Pero se regocijó ante la idea de que, gracias a tan felices casualidades, su Andrés tenía asegurada la vida, y la amarga lucha por el pan diario no le sería impuesta.

Se consagró enteramente a él; le puso de externo en un buen colegio.

Le llevaba ella misma, le recogía al salir, se enteraba minuciosamente de sus adelantos, y los días festivos le divertía y recreaba, dándole un poco de placer, porque había estudiado bien toda la semana. No queriendo aislarle, le consiguió amiguitos, compañeros de colegio, a los cuales obsequiaba en su casa algunas veces con meriendas llenas de animación. De carácter algo metido en sí al principio, Andrés iba haciéndose confiado, expansivo y cariñoso. Acariciaba a su madre y la llamaba con nombres de humorística ternura. Y Julia era plenamente feliz. El maleficio se deshacía, se perdía en la sombra tétrica del pasado.

Julia había creído en el maleficio, no como se cree en lo concreto y real, que ven nuestros ojos, sino como se admite lo que allá en lo hondo de la sensibilidad va surgiendo. “Aquel perdido de Santés”, sin duda, hacía mal de ojo: una serie de fatalidades. El mismo día de la boda de Julia murió de una hemorragia su padre; ella, al bajar la escalera del domicilio conyugal, sufrió una caída, y de sus resultas quedó algo coja; el niño nació hecho una miseria; se quedaron sin un céntimo... Hasta que falleció el aojador no cesó la persecución del Destino, todo cuanto había sucedido podía explicarse por causas bien naturales... Era hasta pecado suponer otra cosa. Y, sin embargo, Julia vivía bajo el peso de una aprensión, de un miedo constante. Este

sentimiento indefinible y angustioso se hizo más intenso cuando Andrés, por natural efecto de la edad, comenzó a pedir un poco de soltura, a salir solo o con sus camaradas de Universidad, porque ya ciertas cortapisas no se explicarían y los muchachos, así que les crece un poco de pelusa sobre el labio superior, sienten menoscabada su dignidad si no son libres, si les sigue la pista su mamá. Y Julia hubiese querido seguÍrsela. SeguÍrsela a todas horas. No apartarse de su estela. Saber, al día y al minuto, por qué el estudiante tenía las mejillas más pálidas, las ojeras más amoratadas y hondas que el adolescente colegial...

Y sobornaba a los de abajo, y suplicaba a los de arriba, y quería informarse de todo, de todo cuanto le aconteciese a su Andrés... Inútil empeño, porque en la vida de los muchachos habrá siempre algo que han de ignorar profundamente las madres. Para mayor alarma, el carácter de Andrés cambió. Volvió a mostrar aquella tendencia a la melancolía que trajo desde la cuna. Más que a la melancolía, pudiera decirse a la taciturnidad. Callaba demasiado; estaba siempre como distante del lugar en que se encontraba y de las personas que le rodeaban. Algunos de sus compañeros de estudios lo confesaron cuando la madre les interrogó; también ellos observaban a Andrés muy silencioso. ¡Bah! Otros se encogieron de hombros. Todos los muchachos tienen temporadas así. Una maliciosa sonrisilla completaba la explicación. Sin duda andarÍa enamorado el estudiante...

Y la madre le interrogó afanosa. ¡Que le dijese la verdad! Si se trataba de un amorío con una muchacha decente... ¡Qué más quería ella que la felicidad de su hijo! Andrés movió la cabeza negativamente. ¡Su palabra de honor! No estaba enamorado... No pensaba en mujer alguna...

Y, como las preguntas le impacientasen, se levantó, tomó el sombrero, y salió precipitadamente.

Redoblaron las inquietudes de la madre. Desde aquel momento vigiló con fiebre al hijo, aun cuando poco le veía. Estaba fuera de casa casi siempre. A veces no venía a comer ni a cenar. ¡Sin duda llevaba una vida de desarreglo!

-Deje usted suelto al pollo- decía uno de los consejeros y consultores de Julia, un viejo catedrático-. Carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda...

La madre tenía resuelto llevársele en el verano a un pueblecito de la costa, a que se entonasen con el aire libre y los baños de mar. El plan se realizó. Llegaron a Portopeña en los últimos días de julio. Andrés se quejaba del calor y estaba más consumido que nunca. Al primer baño de mar, pareció renacer.

Se despejó algo su frente. Julia le vio, sin alarma, salir por la tarde, a dar un paseo hacia los peñascales de la escollera. La tarde caía, y no regresaba Andrés. ¡Ni volvió por la noche! Aterrada, Julia puso en movimiento pescadores y marineros. Fue a la mañana siguiente, casi al amanecer, cuando las olas devolvieron el cadáver. Estaba completamente vestido, y hasta llevaba en el bolsillo su portamonedas. No había crimen.

Medio accidentada estuvo la madre unos días. No podía llorar: no fluía el llanto. Hablaba cosas incoherentes; acusaba a su marido de la desgracia, y hasta se acusaba a sí misma. Por fin se calmó algo, y declaró el firme propósito de fijar su residencia en aquel pueblo, donde los restos de su hijo habían recibido sepultura. Una gran lucidez pareció de pronto presidir sus actos. Siempre con los ojos secos, quiso registrar la maleta del suicida, y encontró en ella papeles sin importancia, cartas de amigos, apuntes de clase, hasta dos o tres fotografías de mujeres alegres, sin dedicatoria. Ni un rastro que le permitiese comprender la desesperada resolución del muchacho. Y esto era lo que ahora preocupaba a Julia: ésta la forma álgida de su pena. Llegaba a suponer que, si supiese la causa de la muerte de su hijo, los móviles de su acción, recibiría el único consuelo que ya le restaba. ¿Por qué no había hablado Andrés? ¿Por qué no se había confiado a su madre?

En medio del naufragio de toda su existencia, de su caída en el abismo, flotaba una idea más cruel que las demás: la de que aquel drama no tuviese otro origen que el maleficio primordial. Era el padre, el aojador, quien arrastraba al hijo a la tumba. Y eso sí que no podía sufrirse. Los proyectos más absurdos hervían en el magín de Julia. Ir a Madrid, desenterrar a Santés, quemar sus huesos, esparcir sus cenizas... Y, lentamente, lo vano, lo inútil de tal venganza, se abrió camino en la razón de la desventurada madre. Sí, era cierto, el padre arrastraba al hijo a la tumba... pero sin maleficio, sin intención; por la fuerza de la realidad, por la sangre que le había transmitido. En ella estaban los gérmenes de aquella taciturnidad, de aquel desvío y repugnancia al vivir. En ella, el destino de la criatura salvada un momento, y vuelta a condenar por las fatalidades de su origen. Y no se sabía la causa del suicidio..., porque no podía saberse: que pertenecía al mundo de lo ignorado eternamente, de lo que viene de las tinieblas lejanas, donde la conciencia zozobra. Como hubiese traído el germen de alguna enfermedad incurable, Andrés traía del pasado, que es donde todo se encierra, aquella propensión espantosa... La madre, una triste mañana, fue al cementerio, aplicó el oído a la sepultura del hijo, por si una voz le hablase desde la apretada tierra. Y no oyó sino el ronco tumbo del mar, allá a lo lejos, o quizás el latido de su

propia sangre, violento y profundo. No, no sabría nada... Y entonces; por primera vez desde su tragedia, el hinchado corazón reventó de lágrimas, apresuradas y calientes...

La Condesa de PARDO BAZÁN.

[*El Progreso*, Lugo, martes 15 de julio de 1919, número 3560].